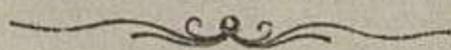


# LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 135.—15 de Octubre de 1875.

---

*Dios es caridad. (San Juan  
Epist. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

---

*Doña C. C. de Q.* Muchas gracias por la nueva remesa de ropa, con la que se ha cubierto la desnudez de algunos infelices que ya tenían frío. Dios le premie su constancia en hacer bien.

## EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

---

Reciban las gracias:

*Un caballero* (de Oporto), por una caja con 12 kilogramos de hilas.

*Doña Concepcion Fernandez Corredor*, por hilas.

*Doña Josefa Borja de Claramunt* y su hija, por hilas.

*Doña Carolina Moreno de García*, por hilas.

*Las niñas de N.*, por hilas.

*D. José María Gonzalez Castro* (de Granada), por una caja con hilas.

*Doña Concepcion Fernandez*, por hilas.

Los párvulos de la escuela de Chamberí, por hilas.

Varias señoras que no han querido decir sus nombres, por hilas y trapos.

## EL HOSPITAL NOBLE DE MALAGA.

---

Recomendamos al forastero recién llegado á Málaga, que dé un paseo por el andén alto del muelle de levante. Allí contemplará un hermoso cuadro de la naturaleza y del arte: á la derecha la ciudad; sobre su fondo la hermosa torre de la catedral en el centro y las chimeneas de sus fábricas á un extremo, cual heraldos de la industria que anuncian ser aquel un pueblo trabajador; á la izquierda verá el pintoresco camino de Velez, que bañan las olas; al frente el tranquilo mar, surcado por embarcaciones que se dirigen al puerto; y á la espalda el monte Gibralfaro, cual sombra que rodea aquel hermoso panorama.

Al principiar el paseo, llamará la atención del viajero un edificio situado á la entrada de la Malagueta, construcción moderna y elegante, que revela buen gusto del arquitecto que lo dirigió. No es una vivienda vulgar ni una casa de recreo, aunque el sitio es ciertamente de recreo; es el hospital del Dr. Noble. Su origen es una tierna y triste historia, que parece invención de novela.

A fines del año 1860 llegó á Málaga el doctor inglés Guillermo Noble. De salud delicada, venia para recuperarla, como otros muchos extranjeros, á aquella Niza española, donde el invierno es una primavera y cuya suave temperatura favorece tanto á las complejiones enfermizas.

Pero la época era fatal; Málaga habia sufrido una larga y terrible invasión colérica; todavía ocurrían algunos casos y uno de los últimos, á principios del año 1861, fué el del Dr. Noble. Hallándose en paseo, sintió los primeros síntomas del cólera-morbo, y al volver á su casa, el ataque se desarrolló con tal violencia, que, haciendo inútiles los cuidados de la ciencia médica, lo dejó cadáver en pocas horas.

Tenia tres hijas; una muerta para el mundo por ser religiosa profesa en un convento de Pau, y dos llamadas Margarita y Elena, que residían en Lóndres. Hijas cariñosas, quisieron, como consuelo á su inmenso dolor y como tributo de respeto y de amor á la memoria de su padre, que se trasladase su cadáver á Inglaterra; pero no habiendo sido embalsamado, la exhumación fué legalmente imposible.

Entonces aquellas jóvenes dieron una prueba de elevados sentimientos, disponiendo que en sitio, lo mas cercano posible al cemen-

terio donde reposan los restos de su padre, se fundase un establecimiento benéfico que, llevando el nombre del difunto, conservase su recuerdo del modo mejor que se obtiene en esta vida, con las bendiciones y la gratitud de los pobres favorecidos.

Acordaron, pues, construir un pequeño hospital, no para ingleses solo, sino para los necesitados de todos los paises, porque, como dijeron muy bien las fundadoras, la caridad no reconoce nacionalidades, que la encierren en un círculo marcado de acción; pero todavía añadieron otra condición que las enaltece más. Eran las dos protestantes, y quisieron, sin embargo, que la capilla del hospital fuese católica, no solo porque se trataba de un país católico, sino en memoria de su hermana, religiosa católica en Francia.

La obra se empezó en 24 de diciembre de 1866, y se concluyó y entregó al Ayuntamiento en 24 de agosto de 1870; pero la época era crítica para el Ayuntamiento de Málaga porque se encontraba con la espléndida donación de un hospital y sin recursos para ponerlo en servicio.

Sin embargo, porque no quedase inútil la generosidad de las hijas del Dr. Noble, se destinó por de pronto á Casa de Socorro, y prestó el servicio de tal desde 1.º de noviembre de 1871 hasta principios del año actual. Entonces, á propuesta del concejal D. Manuel Orozco, acordó el Ayuntamiento confiar la administración del Hospital á una junta de señoras, bajo la presidencia de la Excm. Señora Doña Trinidad Grund de Heredia; á esas señoras y á esa digna presidenta que tan larga hoja de servicios cuentan en la caritativa carrera de hacer bien á la humanidad doliente y necesitada.

La entrega se verificó en 1.º de abril último; y desde entonces el establecimiento, no solo ha sido completado y dotado con todo lo necesario para llenar el benéfico objeto de las fundadoras, sino que se ha concluido y abierto al culto público la capilla del hospital.

Para todo este gasto, el Ayuntamiento contribuye con 14.000 rs. anuales; lo demás lo suple la caridad inagotable y acreditada de las damas de Málaga.

Convengamos en que el hospital Noble es un recuerdo que honra á extranjeros y nacionales; á las que lo fundaron y á las que lo administran y costean su servicio.

¡Rasgos propios del hermoso corazón de la mujer, y mas especialmente de la mujer malagueña!

*Antonio Guerola.*

## PROPINA PARA EL POBRE.

---

Moda es en todas partes gratificar con propinas á los criados hasta los servicios mas insignificantes. Tan generalizado está este abuso, que contra él son ineficaces las prohibiciones y los propósitos. Establecimientos existen, en cuyos anuncios ó reglamentos se previene que todo mozo que reciba propina, será despedido de la casa irremisiblemente y en el acto. Esto no obstante, si no se da espontáneamente, la piden. Desgraciado del que, en un café, al pagar el gasto, no suelte el consabido medio real para el mozo. Que no vuelva á poner en él los pies, porque mas facil le será hacer saltar la piel de sus manos á fuerza de palmadas, qué conseguir se le sirva. Y luego ¿qué dirian los circunstantes? Ese hombre es un miserable avaro; sería la frase mas benévola que pronunciaran sus lábios apenas el enemigo de las propinas volviese la espalda. Pero ¿qué mas? Hasta los carteros se niegan á repartir á domicilio los impresos, si no se les abona, contra lo terminantemente preceptuado, el consabido cuarto.

Confesemos, pues, que no hay poder humano que desarraigue la costumbre y suprima las propinas. Contra ellas, no cabe otra cosa mas que resignarse é ir á todas horas con el bolsillo en la mano gratificando á cuantos se pongan por delante.

Todo esto será mas ó menos abusivo, pero al fin, cada cual puede hacer de su dinero lo que se le antoje y no seré yo el loco que se oponga á corriente tan general como irresistible.

Pero me ocurre preguntar: Todos los que con tanta generosidad y con profusion tanta reparten propinas por esos mundos, ¿se acuerdan una vez al dia, á la semana ó al mes, de dar una limosna? Líbreme el cielo de afirmar en absoluto que las propinas están en razon inversa de las limosnas. Habrá quien por respetos humanos reparta su dinero en aquellas, y en cumplimiento de sus deberes de cristiano tampoco lo escatime en estas; pero no es esto lo comun y ordinario. Por lo general, el que frecuenta mucho los cafés, restaurants, fondas, pastelerías, casinos, casas de juego, teatros, etc., que es donde principalmente se abusa de las propinas, rara vez se acuerda del menesteroso. Satisfechas hasta la saciedad todas sus necesidades, no es fácil se le ocurra que, encontrándose él ahito de manjares delicados y succulentos, haya pocos pasos mas allá quien casi perezca de hambre; que habiendo apurado varias botellas de añejos y caros

vinos, viva no muy lejos quien no pudo comprar una tisana que, tomada á tiempo, quizás le evitase la muerte; que estando perfectamente vestido, entre alfombras y caloríferos, no falta quien tirite hasta dar diente con diente de frio por falta del abrigo necesario; que siendo él rico, en una palabra, hay muchos, muchísimos pobres en el mundo.

Y nótese que las propinas son remuneraciones voluntarias de servicios, muchas veces imaginarios y siempre satisfechos previamente ó que debian estarlo por el dueño del establecimiento, mientras que, dando limosna, no se hace mas que cumplir aquellos preceptos ineludibles contenidos en las obras de misericordia, cuando nos mandan «dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, etc.»

No es facil que estas líneas caigan en manos de esos hombres perezosos, que tan malos administradores son de los bienes de los pobres; pero, por si sucediese lo contrario, quiero darles un saludable consejo. Para quien da tantas, debe ser indiferente propina mas ó menos. Depositen, pues, diariamente en una alcancía la cantidad mas pequeña que se acostumbra dar de propina; medio real por ejemplo; y al cabo del año se encontrarán con un capitalillo de  $182 \frac{1}{2}$  reales, esto es, mas de media onza, que pueden repartir por sí mismos á los pobres ó remitir á un establecimiento de beneficencia, ó entregar á una empresa caritativa (á la Redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD, v. g.), ó hacer, en suma, una obra beneficosa cualquiera en pro del menesteroso.

Cuando piensa uno que son tantos y tantos los que derrochan sus caudales neciamente, sin destinar ni siquiera un céntimo al alivio de la miseria del prójimo, el ánimo se contrista y el corazon desfallece.

¿Y no ha de generalizarse entre estos tales la propina para el pobre?

Quiera Dios que estas indicaciones no sean una gota mas de tinta arrojada y perdida en el océano de la publicidad, sino que, por el contrario, generalicen la propina para el pobre, con la cual, acumulada, pueden realizarse muchas é importantes obras de caridad!

*Manuel Polo y Peyrolon.*

Teruel, octubre de 1875.

## LA CARIDAD EN INVIERNO.

---

¡Qué profundas diferencias ofrece el invierno según bajo el punto de vista bajo que se le considere! Para los ricos, es la estación de la magnificencia y de la alegría; para los pobres, la de la aflicción y la miseria. Aquí el poder del hombre resplandece con toda su fuerza y vigor, y domina la naturaleza; allí tal poder sucumbe, y la naturaleza ejerce libremente sus rigores. Para unos es el tiempo más hermoso del año; para otros el más duro y desapacible. ¡Terrible prueba que llega todos los años á dividir los hombres, entregándolos, bien al contento y los placeres, bien al sufrimiento!

El arte, mediante el cual el hombre ha sabido alterar la naturaleza y transformar el invierno, es una de las cosas que más nos debe orgullecer, porque nos revela con sorprendentes rasgos la grandeza de nuestra especie. Transportémonos á una rica morada: aseméjase á un paraíso en la tierra; no se halla á merced de los vientos y las nubes; el frío de la mañana y los ardores del sol de medio día nunca se dejan sentir; y se goza en ella incesantemente la tibia temperatura de una primavera deliciosa. La noche es, por decirlo así, desconocida en tal paraje, y si se le permite penetrar en él para presidir las horas del reposo, es solo en aquellas en que se desea, y moderándola conforme place con una dulce claridad: inviértese, pues, con frecuencia el orden natural, y aquel tiempo que la naturaleza hace noche, el hombre lo trueca en día. Las luces de que se sirve, menos deslumbrantes que el sol, no fatigan la vista como este brillante foco, y producen una decoración más alegre y variada, á manera de flamígeras estrellas reunidas de cien diversos modos, formando ramilletes de flores, coronas, guirnaldas, y produciendo, si así conviene, diferentes colores artísticamente combinados. El esmaltado césped de las praderas hállase reemplazado por alfombras infinitamente más ricas, que no se deslucen bajo el pie que las huele; véanse compensados el movimiento y la belleza del follaje, por los pliegues y ondeantes inclinaciones de las telas y de las colgaduras suspendidas con gracia. ¿Quiérense flores? se encuentran así mismo; los más preciosos arbustos, llenos de aquellas galas con que solo los adorna la naturaleza en la estación primaveral, forman en derredor de los salones un delicioso cercado; abundan los ramilletes, bien que se los haya depositado aquí ó allá, bien como adorno aplicándolos á enriquecer los vestidos y los tocados. ¿Echamos de menos variados

puntos de vista y grandes horizontes? los pintores con la magia de sus pinceles embellecen á su capricho los muros, y permiten á las miradas, engañadas por la perspectiva, perderse en todas las profundidades que desean; lo mismo que son de una nueva naturaleza de capricho y de imaginacion los arabescos que nos ofrecen, así es la realidad misma que reproducen, mostrándonos los paisajes mas admirables de la tierra, y eligiendo en todas las partes del mundo y en las escenas de los tiempos pasados, cuanto pueden trasladar á nuestros ojos que consideran mas digno de nuestra atencion. Nos recuerdan las aguas y sus dulces reflejos; sus congeladas superficies como maravillosos estanques encerrados en márgenes de oro; nos las presentan con las imágenes que crean, el espacio y sus esplendores. En fin, nada falta. Si menester fuera referirnos á los suntuosos festines, nunca acabaríamos. El invierno reúne todos los frutos, como reúne todas las flores; es la estacion de Como, cual el estío es la de Céres, pero su cuerno de la abundancia es mucho mas rico y derrama todos los bienes del mundo. Los antiguos tenian la costumbre de representar al invierno bajo la figura de un triste anciano, cubierto con desaliñado traje de gruesa tela, y calentando silenciosamente, ante la escasa lumbre de unos troncos, sus dedos ateridos: tal era el invierno de la naturaleza que querian sin duda designar. Si se pretendiese pintar el invierno civilizado, sería muy diferente el símbolo que habríamos de adoptar; y necesario fuera entonces acudir al genio de la pintura que, para acabar esta figura dignamente, necesitaria concentrar, no solo los atributos de otras estaciones con todo lo que indica la alegría y la opulencia, sino á la vez todas las manifestaciones del genio y el poder del hombre.

Supongamos que no hemos salido nunca de este mundo artificial que acabamos de describir, y que no conocemos otro alguno; entreabramos ahora la puerta, y demos fuera un solo paso. ¡Qué asombro! ¿No creeríamos haber caído de una tierra de bendición sobre una tierra maldita? Fúnebre sudario se estiende sobre los campos. Todo parece muerto. El frio, la tristeza, el silencio reinan, soberanos, como si hubiese llegado el fin del mundo. Apenas se deja oír por intervalos el áspero silbido del cierzo, para mostrar que aún no se halla la creacion completamente helada y privada de movimiento. Hánse petrificado las aguas, y el sol cubierto de una niebla informe y semejante al caos, vése reemplazado por un resplandor ténue y lívido, parece estinguído para siempre. La misma naturaleza se muestra compasiva: ha tomado infinitas precauciones para sustraer de este aire artificial todo cuanto tiene vida. Ha enviado á las plantas un bienhechor letargo, durante el cual parecen como muertas, y no son

susceptibles de experimentar daño alguno. En las unas solo existe en las raices el principio vital; en las otras solo en las simientes y en los botones; á todas ha envuelto cuidadosamente y garantizado contra las perniciosas influencias del exterior. La vigilancia de la naturaleza se estiende del mismo modo á los animales: los mas delicados, advertidos á tiempo, parten reunidos á climas mas dulces, y se ponen al abrigo del invierno, yendo al encuentro de la primavera; otros mas lentos y tardos, para así espatriarse, se adormecen, y pasan el invierno en el sueño como las plantas; otros, en fin, en número pequeño, á los cuales la naturaleza ha dado un temperamento bastante duro para que puedan afrontar el invierno y atravesarle sin peligro, reciben en esta época las vestiduras de que tienen necesidad para no sufrir las inclemencias del frio, y cambian sus ligeras pieles del verano por las abrigadoras del invierno. Tales son los inteligentes cuidados de la naturaleza sobre todo lo que respira en esta estación de luto, de frio y de pobreza. Solo el hombre queda abandonado á sus propios recursos; hállese emancipado de la tutela de la naturaleza, y él solo atiende á su suerte. Tiene que vencer cuantas dificultades se le presentan, y solo puede confiar, para sostener su existencia, en sí mismo y en sus hermanos: la naturaleza parece no conocerle.

Resulta, pues, de los esfuerzos de los hombres ligados en sociedad, la fuerza para vencer al invierno. Aislado al hombre de sus semejantes, y dejadle frente á frente con la naturaleza en el invierno; el desgraciado sucumbirá, ó bien, como los brutos ó como los salvajes del norte, se verá reducido á cavar en la tierra un hoyo semejante á un sepulcro, y á esconderse en él con algunos escasos alimentos, en la suciedad, en la estrechez, lejos del aire libre y de la luz del cielo. ¡A la verdad que es esta suerte miserable! Pero haced mas: dejad á ese hombre en medio de los otros hombres; quitadle duramente la mejor parte del fruto de su trabajo ó ponedle fuera del estado de poder trabajar útilmente, y al mismo tiempo privadle de toda ayuda y de toda proteccion, y entonces es cuando su destino se manifiesta digno ciertamente de toda nuestra compasion. Si el invierno en medio de un campo cubierto de hielo, despojado de todos sus habitantes y de todos sus esplendores, llega á ser semejante al dominio de la muerte; si el invierno, decimos, en medio de los pavorosos desiertos que forma la nieve, inspira á nuestro espíritu las mas vivas ideas de abatimiento y desolacion que pueda concebir, el espectáculo del invierno en la vivienda del pobre, nos hiere aún mas en lo profundo de nuestro corazon. Despues de haber mostrado en la morada del rico un mundo desconocido á la naturaleza, y no menos magnífico que el que ha presidido durante sus dias mas hermosos,

podríamos, entreabriendo tambien las otras puertas que dan, ¡ay! tambien á las calles de nuestras poblaciones, fijar nuestras miradas en un mundo de miserias, de aflicciones, de sufrimientos, muy diferente del primero, y á cuya tristeza nada iguala en la creacion. Si no se debiesen estimar las cosas mas que por las apariencias materiales, pudiera creerse que por un lado aparece á la vista el paraíso y por otro el infierno. Hállanse en este los pobres medio cubiertos de harapos y girones, y sepultados en una cruel atmósfera de frío; no tienen abrigo alguno con que puedan guarecerse; no les es dable proporcionarse un poco de fuego para calentar sus miembros entorpecidos; penetrantes calofríos estremecen sus pechos y hacen temblar sus carnes, y sin embargo, las horas de la noche, cada vez mas heladas, se suceden lentamente una á una, y el tiempo, despojado de esperanza, se arrastra hácia la muerte. O bien se encuentran en la inaccion con lo que tiene de mas horrible, familias enteras sin pan, y condenadas, á pesar de sus impotentes deseos, á la holganza, y á las angustias y estremada pobreza que la siguen; estómagos necesitados que solo aspiran el vacío; niños mustios y escuálidos, por la abstinencia, en la flor de su edad, y quejándose á sus padres, como en la torre de Ugolino, de tener hambre y no encontrar alimento; criaturas espirantes sobre los secos y helados pechos de sus madres; por donde quiera, en fin, cuerpos atormentados y almas apenadas. Pero ¿por qué procuramos descender mas aún en esta desoladora contemplacion? ¿Existe alguien tan extraño á las dolencias de nuestras sociedades, que no haya entrevisto, en algun rincón al menos, el mundo de los pobres en el invierno; y el mas simple observador de estas perspectivas no comprende y considera todos los cuadros que el escritor puede trazar? Tanto como nos complace insistir en lo que causa el orgullo y la alegría del género humano, tanto nos cuesta calcular sus llagas y detallar sus miserias. Cuenta es que cada cual se hace facilmente en su corazón, y harto sagrada, para que queramos seguir en nuestras declamaciones sobre esta materia.

Pero ¿qué mano abrirá, no con la imaginacion, sino realmente, las puertas de los lugares de delicias, para hacer salir una parte de los bienes que están en ellos acumulados con tanta abundancia, y trasportarlos á los lugares de la pobreza? ¿Qué mano irá, en el salón de los festines, á recoger al menos las migajas desdeñadas y caídas de la mesa, para ofrecerlas al desgraciado Lázaro, á fin de apaciguar el hambre que le devora y evitar sus sufrimientos? ¿Qué mano tomará del hogar resplandeciente algunos tizones, para proporcionar al sér que vive en la indigencia un poco de fuego en su triste albergue, y permitirle desentorpecer un instante sobre la llama sus hela-

das manos? ¿Cuál será la que dividirá en dos la capa y desunirá los pliegues fastuosos é inútiles, para cubrir las espaldas transidas del que tiene necesidad de vestido y gime en el abandono? ¿Qué mano, estendiendo sobre el sér aislado la proteccion que le rehusa la naturaleza, le preservará del mal, librándole de sus angustias? ¿Por qué virtud, en una palabra, el poder humano, saliendo de aquellas regiones de los elegidos de la suerte, donde le contemplamos tan magnífico, estenderá su imperio por donde quiera exista un hombre en el abandono y la miseria, y ahuyentará á la horrorosa figura del invierno de sus mas sombríos y secretos reductos? No basta conseguir el reinado en una y otra parte del mundo de una eterna primavera; necesario es lograr que no haga sentir el invierno en paraje alguno sus despiadados rigores. Hay una injuria de la naturaleza contra el género humano, allí donde osa herir á un hombre firme y robusto. Penetrémonos de sentimientos de concordia que nos unan á todos, y no sea nuestro objeto solamente ser felices, sino tambien oponernos á que los menos afortunados de nuestros hermanos lleguen á ser víctimas de las odiosas y bruscas asperezas de la naturaleza fisica. El ingenio humano, creando las maravillas de las artes y de la industria, comienza la victoria del hombre sobre las influencias materiales que le molestan y le dañan; pero la caridad es la que completa esta victoria, llamando á todos aquellos que sufren á participar de gratos beneficios: el ingenio enseña á reservar para el invierno todas las provisiones que son necesarias en este tiempo de escaseces; pero la caridad enseña á aderezar mesas suficientemente espaciosas, para que todos los que tienen hambre puedan saciarla: el ingenio enseña á hacer reinar en el mismo rigor del invierno una dulce y tibia temperatura; pero la caridad dirige la circulacion de este calor, la conduce hasta la vivienda de los pobres y enciende, en ausencia del sol, vastos hogares para que en ellos tengan todos un lugar: el ingenio enseña á reunir y criar los animales, y á hacer con sus vellones cómodos lechos y buenos vestidos; pero la caridad, remediando la desnudez en que nos ha dejado la naturaleza, estiende su manto sobre la espalda del indigente, y permite á cada cual que guste en paz el sueño, sin ser perseguido hasta en esta hora de reposo por las injurias de la fria estacion: la caridad es la que termina la destruccion del invierno, y ciñe la corona sobre la frente del hombre que llega á ser vencedor del mal físico. He aquí por qué hemos creído oportuno colocar al invierno bajo los auspicios de la santa virtud que recibe del cristianismo el nombre de caridad.

L.

(Traduccion del francés.)

## EL SEDUCTOR CONVERTIDO.

---

No inventamos una anécdota novelesca: referimos una historia ocultando nombres verdaderos. El principio podrá parecer quizás un poco alarmante para algunos lectores y sobre todo lectoras, porque se trata nada menos que de una proyectada seducción amorosa.

Por las calles de una gran ciudad, al anochecer de una tarde fría de invierno, pasaba un carruaje de alquiler, que se paró al llegar á la esquina de otra callejuela la cual servía de entrada á cierto barrio pobre. Bajó del carruaje una mujer modestamente vestida, que parecía jóven aún y no fea, en cuanto podía percibirse al través del velo que cubría en parte su rostro.

En aquel momento, hallábase parado á la puerta de un café inmediato un jóven elegante, que vió pararse el coche, bajar la mujer, decir algo al cochero y emprender apresuradamente su marcha hácia el interior del barrio. Siguióla al principio maquinalmente y luego con intencion, pues parecióle percibir que era mujer seductora, y se le hizo altamente sospechoso el verla llegar sola con tal misterio y como buscando una casa determinada.

Acercóse á ella y empezó á decirla esas mil frases vulgares, en que se miente la pasión con el vicio y que serían estúpidas si no fueran mas bien ofensivas. La mujer, al principio, ni le contestó ni le hizo caso, pero viendo su insistencia y que la amenazaba con seguirla á todas partes, le rechazó con palabras severas. El jóven tomó esto por artificio para hacerse mas interesante y continuó hostigándola con las mentidas protestas de una repentina pasión y de una sensibilidad estremada.

—¡Sensibilidad! contestó desdeñosamente la mujer. No profane usted esa palabra: usted no sabe lo que dice. Déjeme usted en paz.

—¡Que no sé lo que es la sensibilidad! Ya lo verá usted; la he de seguir á usted donde vaya; y cuando usted me conozca, dispensará mi atrevimiento en gracia de la impresión amorosa que usted me ha causado.

La mujer seguía cruzando por aquel barrio pobre, que, al parecer, no le era desconocido, y aunque iba de prisa, la seguía tenazmente su improvisado adorador. Llegaron al fin á una casa de pobre aspecto; la mujer atravesó un oscuro portal y emprendió valerosamente la subida por sucia escalera hasta llegar al piso cuarto. Lla-

mó con violencia, entrando ella en la habitacion y quedando el jóven parado á la puerta, porque el espectáculo que se ofreció á su vista era conmovèdor.

En el rincon de una miserable salita habia una cama y en ella un anciano ciego; una jóven le estaba arreglando las vendas que cubrian sus ojos; dos niños mas pequeños se hallaban casi desnudos, tiritando de frio, junto á un pobre hogar casi apagado, y comiendo con avidez un plato de pátatas cocidas. Todo revelaba el cuadro de una miseria espantosa.

Al entrar la mujer, la jóven y los niños corrieron gozosos á su encuentro, y la primera la dijo con lágrimas de ternura:

—Sea usted bienvenida, Señora Condesa. ¡Cuanta bondad en llegar hasta aquí! Gracias mil por el médico, por las ropas y por los socorros que nos ha enviado usted. Gracias á todo esto, mi pobre padre está mejor y no moriremos de frio y de hambre.

—Den ustedes las gracias á este caballero, contestó maliciosamente la señora, mostrándoles el jóven parado á la puerta, que viene á demostrar su *sensibilidad*.

El jóven quedó aterrado, viendo aquel espectáculo de pobreza y aquella señora, tan distinguida y por él tan ofendida, ejerciendo valerosamente la caridad en persona.

Perdone usted, señora, la dijo con acento tembloroso: he sido un insensato; no soy digno de estar en este santuario donde estan los ángeles. Perdone usted mi ceguedad.

Y entregando su porta-monedas á la jóven mendiga, huyó presuroso.

Al llegar á la calle se ocultó, esperó que bajase la señora, la siguió con muy distintas intenciones, y consiguió saber dónde vivia. Con este dato tomó informes, y supo que era la Condesa de X., señora respetable por su posicion y por sus virtudes.

Lo que esta aventura produjo en el ánimo de aquel disipado jóven, se comprenderá leyendo la siguiente carta que la Condesa recibió á los dos dias.

«Señora; no soy digno de ver á usted: la ofendí sin conocerla; »conociéndola, la respeto, la admiró y la pido mil perdones por mis »locas palabras y por mis injuriosas sospechas: usted me ha curado »de mis viciosas inclinaciones. Yo era un ocioso galanteador de »oficio: la boardilla de la otra noche me ha convertido. Quiero ser »y seré digno de imitar el noble ejemplo de usted. La familia del »viejo queda ya amparada por mí: no en valde apeló usted, aunque »con oportuna ironía, á mi *sensibilidad*. Cuando pasen años y me »acabe de purificar con el ejercicio de la caridad, solicitaré el ho-

»nor de comparecer arrepentido ante usted, para saber si he merecido mi perdon.»

Los años pasaron; el perdon fué en efecto concedido, porque habia méritos para ello. Aquel jóven fué en lo sucesivo un modelo de todo lo bueno. La caridad le habia regenerado.

*Antonio Guerola.*

## LA ULTIMA NOCHE DE GUARDIA.

*(Del libro titulado Le dévouement.)*

Entre los estrangeros, aliados voluntarios ó forzosos, que compartieron las miserias del grande ejército durante la desastrosa campaña de Rusia, merece particular mencion el jóven y valiente príncipe Emilio de Hesse-Darmstadt.

Aunque su intrepidez hubiera á menudo admirado á aquellos mismos que daban cada dia notables ejemplos de valor, esta virtud militar que poseia en el mas alto grado, no fué, sin embargo, su mejor título de gloria; lo que le recomienda sobre todo á la estimacion y á la buena memoria de los hombres, es la solicitud paternal y constante por sus soldados, que se la pagaban con una confianza sin reserva y una abnegacion sin límites.

Cuando la batalla de la Moskowa hubo abierto á las legiones francesas el camino de Moscou, el príncipe Emilio no pudo ver sin orgullo, pero tampoco sin tristeza, con cuántos sacrificios habia contribuido el cuerpo de su mando á aquella victoria caramente comprada. Sabido es que cuando, despues de treinta y cinco dias de ocupacion, las llamas, brotando de todas partes, echaron fuera del Kremlin y de la ciudad al ejército hasta entonces victorioso, estaba ya reducido á la cuarta parte de sus combatientes. El príncipe Emilio se encontró de nuevo á la cabeza de sus fieles alemanes; pero estos eran ya menos numerosos que en el momento de su entrada triunfal en la antigua capital del imperio moscovita. Durante el tiempo de su estancia, muchos habian sucumbido, los unos al esceso de la fatiga, los otros de resultas de sus heridas.

El frio que comenzaba á encrudecerse cuando fué preciso aban-

donar á Moscou, no marcaba menos de diez y ocho grados bajo cero en la época en que los diversos cuerpos se reunieron en Studzianka para atravesar el Berezina. Era el 19 de noviembre y hacia justamente un mes, dia por dia, que el movimiento de retirada habia comenzado.

Cuéntase que el último que cruzó por completo el frágil puente, cuyo hundimiento precipitó en el rio á veinticuatro mil víctimas, fué el príncipe Emilio. Llegado á la otra orilla, vióse rodeado de todos aquellos de los suyos á quienes la muerte habia respetado. Al principio de la campaña pasaban de mil; despues del paso del Berezina, no eran mas que diez.

Mientras que la confusion causada por la espantosa catástrofe, reunia acá y allá revueltos ginetes é infantes de todas armas, que caminaban en pequeños destacamentos y á la ventura, en direcciones diferentes, los diez alemanes, formando un grupo inseparable de su jefe, le seguian por el desierto de nieve, en el que no se percibia ningun camino, y donde pasaban dias enteros sin que fuese posible encontrar ni un techo para abrigarse ni el benéfico calor de un hogar que permitiese á la sangre circular libremente en las venas.

La temperatura, tan cruda ya, habia bajado aún dos grados mas. La fatiga y el hambre agotaban las fuerzas; ¡qué importa! Era preciso andar mientras durase el dia y estar á la defensiva, so pena de ser sorprendidos y envueltos por alguna banda de cosacos lanzada á la persecucion de los destacamentos aislados; el sueño pesaba sobre los párpados y se apoderaba del cerebro; ¡qué importa! Era preciso andar mientras durase la noche, porque de noche y sobre tierra helada, el sueño no era menos mortal que el hierro de los cosacos.

Mientras que el príncipe Emilio pudo conservar bastante energía para sobrecitar la de sus compañeros, anduvieron, velaron, lucharon como él contra el frio, la fatiga y los atroces sufrimientos del hambre y la sed; pero una tarde le abandonaron las fuerzas; entonces confesándose vencido, se detuvo y dijo:

«Hijos míos, mientras que he podido resistir á un sueño que debe ser la muerte, quise obligaros á velar como yo; ahora que la necesidad de descanso me vence, os digo: Despues de tantas pruebas valerosamente sufridas, tenemos derecho á dormir. Si Dios quiere que luchemos todavía, que nos despierte mañana.....»

Y embozándose en su capa, se acostó sobre la nieve.

Solo para el príncipe Emilio se verificaron aquellas palabras: «Si Dios quiere que luchemos aún, que nos despierte mañana.» Al despuntar el alba, volvió á abrir los ojos y permaneció algun tiempo sin poder reconocerse á sí mismo, ni darse cuenta del lugar casi cerrado en que acababa de pasar la noche, porque no se hallaba ya en el sitio donde se acostára la víspera. Vióse bajo una especie de cobertizo formado por cuatro postes unidos con tablas, que debia haber servido para guardar herramientas de jardinero. Su cuerpo, bañado por una suave y saludable transpiracion, no descansaba ya sobre la desnuda tierra. Un monton de ropas le servia de cobertor y abrigaba sus miembros contra el contacto glacial del aire. El príncipe se incorporó, examinó las ropas que le cubrian y reconoció diversas piezas del uniforme de sus soldados; comprendió al punto que aquellas buenas gentes, alarmadas al verle dormir sobre la nieve, no habian querido entregarse por su parte al sueño, antes de encontrar para él un abrigo en que pudiese reposar blandamente acostado y cuidadosamente cubierto. Lágrimas de gratitud humedecieron sus ojos, pero en el mismo instante un siniestro pensamiento se apoderó de su espíritu. «¿Cómo, se dijo, han podido esos infelices, despojados de sus uniformes, soportar el frio mortal de esta noche?» Levantóse súbitamente para ir en su busca, pero al salir del cobertizo, se detuvo sobrecogido de admiracion y de dolor: ¡los cadáveres medio desnudos y helados de sus diez compañeros obstruian la entrada!

E. R.

## DIALOGO DE CHICOS.

---

### FÁBULA.

---

Al jóven precoz Octavio  
Preguntó su primo Blas:  
¿Qué quisieras tú ser más?  
¿Santo ó sabio? El dijo: «Sábio.

Y ¿por qué? Blas replicó.  
 Y respondióle el primito:  
 «Porque el saber queda escrito  
 Por sí, la santidad no.  
 En cosa que no se ve,  
 Sospecha cabe sesuda.  
 ¡Ay (dijo Blas) del que duda  
 En artículos de fe!»

*Juan Eugenio Hartzenbusch.*

## **PENSAMIENTOS DE CERVANTES SOBRE LA INGRATITUD.**

---

La ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio que tambien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

---

Está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos.

---

Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno.

## **CORRECCIONES.**

---

*Página 211, línea 35, dice: conocemos, que no se alarma, debe decir: conocemos que no se alarma.*

*Página 216, línea 13, dice: saludan al sol naciente; el minero, debe decir: saludan al sol naciente, el minero.*